

# LA GRIPE, CIUDADANA DEL MUNDO

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

Hoy la gripe es actualidad para mí. Dejo los otros sesudos temas para los compañeros que aquí, corondel por medio, se afanan quizá con mejor suerte que yo.

Hoy, casi por imperativo categórico, tengo que hablar de la gripe. De esa gripe que es universal y contagiosa, que no distingue regímenes ni clases sociales. Que es compatible con todas las religiones y todas las leyes políticas. Que no respeta a los reyes—a los pocos que van quedando—ni a los presidentes. Ni siquiera a los médicos.

La gripe tiene su patria natural en todas las latitudes y en todos los climas. No íbamos a escapar de ella a pesar de esa nuestra tan traída y llevada eterna primavera.

Por lo que a mí concretamente respecta, debo declarar que me arrastró por las malas y las peores a su reino. ¡Lóbrego y desapacible reino! Oscuridad, silencio, sudor y antibióticos. Dictadura férrea del termómetro. Lo cotizan a uno según los grados de emperatura. Y ocurre entonces que, al revés que en la Bolsa, el que más sube vale menos. Y el que pasa de los 42, queda listo y sin cotización posible. Entonces se impone la censura para todo. Todo nos está vedado y controlado.

- Censura para hablar.
- Censura para comer.
- Censura para fumar.
- Censura para beber.

El pensamiento no se necesita. Nadie lo utiliza entonces. Ni se intenta escribir, porque las manos, caídas en triste desmayo, apenas pueden asir el bolígrafo o pulsar las teclas de la máquina.

Prohibida totalmente la actividad intelectual.

Parálisis de orden interior.

Renunciamiento total. Acorchamiento. Sentido reverencial de la aspirina. Lucha sorda y vanas protestas de los fagocitos, devoradores de microbios.

Entre los absurdos paisajes que finge la fiebre, cree uno reconocer algunos donde ya vivió, donde acaso transcurrieron anteriores existencias.

Entonces surgen preguntas y preguntas que, como un torbellino, se agitan y danzan frenéticamente.

¿No he estado yo aquí mismo alguna vez?

¿Quién era yo entonces?

¿Qué hacía y dónde trabajaba?

¿Era acaso millonario?

¿Quizás un simple esclavo?

Pero llega el día en que la fiebre amanece de buen talante y concede amnistía general y total. Brilla el sol como si fuera nuevo. Como si estuviese recién lustrado. El aire trae ecos de una primavera aún lejana. Los amigos son mucho más amables y las minifaldas lucen tan encantadoras como siempre. Cerveza. Un cigarrillo. Euforia. Optimismo. Ganas de vivir. Sentido reverencial de la luz y el aire.

Todo ha cambiado por el solo y simple hecho de que la fiebre ha remitido. De que en nuestro interior se haya logrado una relativa paz ha dependido esta nuestra casi total transformación.

Vuelve uno a enfrentarse con la vida y sus sinsabores. Y también con sus alegrías, que de todo hay en la viña del Señor. Emprendemos de nuevo la lucha, de nuevo y como nuevos, con ímpetu, ilusiones y fe en el triunfo.

Y venga el bolígrafo y la máquina que, con nostalgia, nos esperaban.